

IV

EXIGENCIAS DE JESUCRISTO

MEDITACION

OYE, HIJA, ATIENDE, INCLINA TU OIDO: OLVIDA TU PUEBLO Y LA CASA DE TU PADRE.

¿Qué exige Jesucristo de las almas para que en ellas fructifique su Carne y su Sangre? ¿Qué hemos de hacer por él si queremos que el árbol de su vida, de suyo ubérrimo en frutos, no se quede en nosotros raquítico y desmedrado, con inútiles y caducas flores que no prometen fruto? Exige ante todo poseer nuestro corazón: como Criador y dueño del universo nos ha entregado las criaturas: como Redentor nos dió cuanto poseía, hasta su vida, hasta las últimas gotas de sangre y agua que quedaban en sus entrañas hendidas por la lanza del sol-

dato; sólo una cosa se ha reservado, nuestro corazón, así como en la vieja alianza se reservaba ciertas entrañas de la víctima para que ardieran en su presencia. El que reparte sin discernimiento su corazón á las criaturas, es como los hijos de Helí, que cortaban y tomaban sin discreción lo que más les placía de la carne del sacrificio. Y como éstos viene á ser aquel sacrilego robador de cosas que el Señor se apartó. ¡De Jesucristo es nuestro corazón, y así nos exige que nuestros afectos pasen á las criaturas sólo á través de El, que en El las amemos. ¡Justa y debida correspondencia! Si El nos ha dejado su Corazón como *fuentes públicas de vida para la casa de David*, ¿qué mucho si nos pide que le entreguemos nuestra voluntad?

Cuando el corazón del hombre se riega y difunde en las criaturas, niega y defrauda la adoración que debe al Señor de cielos y tierra; fórjase sus ídolos y á ellos tributa incienso sustraído al ardiente turíbulo de Dios. ¿Qué le pide, pues, Jesucristo Sacramentado al alma que ha vivido hasta ahora consagrandó su amor á la

van de la Comunión, y que es más ge-

tierra y sus bajezas? ¿Qué le exige á trueque de regalarle suave y exuberante vida? Que derribe los ídoios erigidos en su corazón. Cuando el Arca de la Alianza fué llevada á Azooto por los Filisteos entre el botín de la victoria, y colocada en el altar del ídolo Dagón, no sufrió Jehová que el Arca Santa de su pacto y el escabel adorable de sus pies consistiese sobre la misma ara con el profano simulacro, y amaneció y hallaron el ídolo derribado en el polvo y hecho pedazos. Cuando Jesucristo entra en nosotros y halla terrenos objetos de adoración exaltados sobre nuestra alma, ó los destrona y despedaza y para siempre nos libra de su daño, ó si el alma vuelve pertinaz á levantarlos y rehacerlos, El se aleja de aquel corazón que no supo aprovecharse de su presencia

Cuando el hombre ha empleado para pecar su actividad natural y su vida, y hasta las luces que el Señor le da para atraerle al buen camino; cuando el hombre ha reunido cuanto de más precioso tenía, como los hijos de Israel que arrancaban de las orejas y

cuellos de sus mujeres é hijas prendas de oro para fundir el becerro de prevaricación; entonces Jesucristo exige de ese hombre lo que Moisés exigió de los Hebreos. Trituró y desmenuzó el ídolo de oro, disolviólo y los hizo beber aquella agua que amargó sus fauces y su vientre. El hombre que ha pecado, que ha prostituido lo que ha de más valioso, ha de quebrar y pulverizar aquello que ama pecaminosamente, y ha de saborear y engullir toda su amargura: esto se hace por el arrepentimiento y la penitencia. Por el arrepentimiento destruye el hombre lo que amó, por el dolor de la culpa cometida abrévase y se penetra de amargura, de saludable amargura que se infiltra hasta en su corazón y le humilla para que pueda Jesucristo venir á reparar lo destruido y dar otra vez las rotas tablas de la ley.

II

A esta preparación, que el Señor requiere de nosotros para enriquecernos con todos los bienes que se derivan de la Comunión, y que es más ge-

neral y remota, ha de seguir otra inmediata. En esta condúzcase el alma como María, que al oír de boca de Marta: *allí está el Maestro y te llama*, se levanta, corre á echarse junto á sus pies, le adora, preséntale humildes peticiones y presta á su palabra atento y codicioso oído. Así el alma debe levantarse de su tibieza y disipación, correr apresurada para desentorpecerse y sacudir la pesadez que le han dejado el amor y conversación de las cosas mundanas; y derribada á los pies de Jesús, reconozca y penétrese bien de su ruindad para que vacía de amor propio en cuanto es dable, el Señor se dé prisa á llenarla de gracias. Si el alma se posesiona bien de su vileza, y repasando sus debilidades y caídas éntiende con claridad cómo su fortaleza es cosa de nada; si ve á las claras que es vaso de barro vilísimo, y por sí misma no puede llenarse sino de lodo é inmundicia, el Señor la henchirá del oro más aquilatado y obrizó, del oro de su gracia. Procure borrar los amargosos dejos que de la ponzoña del pecado le quedan todavía; mire que el Maestro le dará sa-

bor delicioso con sus enseñanzas, sabor que la haga tener por insípido cuanto antes probó y le supo dulce y sabroso.

Humíllese ante todo, que es la mejor disposición. Si una estatua de metal se rompe en menudas piezas, no hay manera de soldarla y ponerla buena; si se la quiere reconstruir es preciso despedazarla más, derretirla al fuego y echarla otra vez al molde. Así el alma, que es como estatua trabajada á imagen de Dios, si ha sido rota por el pecado, es forzoso triturarla por la humillación y licuarla á la lumbre de la caridad para que resulte como nueva y radiante del molde de Jesucristo. A ese molde precioso de humildad y amor se ha de ajustar, y para ajustarse necesita hacerse blanda por el reconocimiento de su nada y entregarse dócil en las manos del que cría y restaura todas las cosas.

Si muchos se quejan de no sacar gran provecho de sus comuniones, es porque ensoberbecidos oponen mucha resistencia á la mano del Artífice Supremo que viene á repararlos. Es

imposible que en el orden acostumbrado de la gracia haga Jesucristo de un espíritu endurecido por el amor propio lo que de un corazón ablandado por la humildad. Es imposible que en hierro frío y á punta de martillo se labre lo que en metal enardecido y dúctil.

Mira, pues, alma, que nada vales y abandónate al Señor, entrégate toda entera, alma y cuerpo, pensamientos, sentimientos y deseos, de suerte que por derecho puedas decir: "*Vivo, más no yo, Jesucristo vive en mí.*"

III

Habiendo dicho el himno, salieron para el Monte de los Olivos. Este es el fin del banquete eucarístico. Dios quiere que se le alabe y rindan acciones de gracias por *la obra en que se resumen todas sus maravillas.* Después hay que seguir á Jesús á la granja de Gethzemaní, al sacrificio, á la inmolación, á la abnegación de sí, á la oración, al sudor de sangre, á la vida de santidad. Este es el opimo fruto del Sacramento, que nos da fuerza de ir tras de Jesucristo por la *vía es-*

trecha con el fardo de la cruz á cuestas.

El doloroso caso de los apóstoles más amigos del Señor, que momentos después de la Cena, en que gustaron su cuerpo y Sangre, dormían profundamente á tiro de piedra de aquel sitio en que su Maestro oraba entre agonías y sudor de sangre, nos convida á no olvidar la oración si hemos de secundar el poder saludable de la Eucaristía. Despertados una y otra vez por el Señor, tornaban á su descuido y caían en brazos del sueño. No velaron con El, con El, á quien tenían en dolorosísima vigilia las iniquidades humanas, ni una hora. Unidos á El por el Sacramento, dejáronle en soledad y horrible desamparo. Quizá al dar su cuerpo y sangre á los discípulos, se había propuesto el Salvador como fin secundario y del momento hallar abrigo y compañía en la unión estrechísima del Sacramento con sus discípulos. Sentía que se aproximaban las angustias y la muerte; la noche de penosa oración y el día de pasión iban á llegar, y la humanidad del Señor probaba ya el frío de la soledad y se

sacudía de temor ante la obscura perspectiva del abismo de dolores á que iba á descender. Por eso, convertido en manjar y licor, acudía á sus compañeros y procuraba guarecerse en corazones amigos para la hora tremenda del poder de las tinieblas. ¿Y qué refugio le dieron aquellos pechos insensibles? No encontró en ellos sino indiferencia y descuidado sueño. Para ellos fué el mal: no oraron ni velaron junto al huésped divino que venía rico de vida, y el desliz no se hizo esperar. Pedro aquella noche comulgó y aquella noche cayó lastimosamente en el palacio del Pontífice; no veló y le negó; comió su Carne y su Sangre y abjuró de su nombre.

Vela, pues, en el huerto, alma mía, vela con El que ora al Padre. Si quieres cosechar los frutos de la Eucaristía, has menester de oración, que te mantenga despierta y en guardia contra la alevosía de tu carne.

ASPIRACIONES.

(Del Salmo 44.)

Vistoso en hermosura más que los hijos de los hombres, se derramó la gracia en tus labios; por eso Dios te bendijo para siempre. Cínete la espada sobre el muslo, oh valerosísimo. Con tu aspecto y hermosura enristra marcha con prosperidad, y reina por tu verdad, mansedumbre y justicia: tu diestra te guiará admirablemente. Tus saetas están aguzadas contra los corazones de los enemigos del Rey: debajo de ti caerán los pueblos. Tu trono, oh Dios, es trono que dura por los siglos de los siglos, y vara de rectitud es el cetro de tu reino. Amas-te la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios sobre todos tus compañeros, te ungió Dios con aceite de alegría. Tus vestiduras destilando mirra, áloe y canela esparcen su olor desde los palacios de marfil en los que te recrearon hijas de reyes consagradas á tu honor. La reina colocóse á tu derecha con vestido dorado y circuido de adornos varios. Oye, hija mía, mira, inclina tu oído: olvida tu

pueblo y la casa de tu padre. Y codiciará el Rey tu belleza, porque es el Señor Dios tuyo y le adorarán. Y las hijas de Tiro con presentes buscarán suplicantes la gracia de tu rostro y todos los magnates del pueblo. Interior es toda la gloria de la hija del rey y se trasluce en franjas de oro y variedad de adornos.

LECTURA.

(De San Juan Crisóstomo.)

¡Atrás las almas sin gusto, sin piedad ni vigilancia! ¡Que todas sean ardientes y todas generosas! Si los judíos comían de pie el cordero pascual, con aprestos de viaje y báculo en mano, dándose prisa en comerle, ¡cuánto más nos importa ser activos y vigilantes! Comían los Hebreos el Cordero Pascual en esa guisa de viajeros, porque estaban por marchar á la tierra prometida: nosotros estamos siempre de viaje para el cielo: andemos, pues, con prisa y vigilantes. Terrible es la venganza que Dios toma de las malas comuniones. Juzgado vosotros mismos por la indignación que sentís con-

tra Judas que traiciona á Jesucristo y los verdugos que le enclavan en el madero. Guardaos mucho de haceros culpables con el Cuerpo y la Sangre del Señor. Aquellos miserables dilaceraron su carne sagrada; vosotros, después de recibir de El incontables beneficios, osáis recibirle en vuestra alma impura. ¡Ay Dios! No le ha bastado á Jesús hacerse hombre, entregarse á los golpes y salivas, ser inmolado en la cruz; sino que ha querido mezclarse á nosotros, entregarnos su cuerpo no sólo por la fe sino en realidad de verdad y substancialmente.

¡Qué pureza se requerirá, por tanto, para participar de los Sagrados Misterios? Más pura que los rayos del sol deberá estar la mano que divide la Hostia, la boca que se inunda de su fuego divino y la lengua que se empapa en su sangre tremenda. Pensad, pues, á qué ápice de honores habéis sido elevados y á qué mesa os sentáis, de la cual es anfitrión y vianda Dios mismo, ante el cual se estremecen los ángeles y no miran sino temerosos las centellas de su semblante. ¡Ah! no miremos con desdeñosa pereza tan finas señales

de amor. Mirad con qué avidez impetuosa se hace el niño al pecho de su madre: con afán semejante acerquémonos á la comunión; peguemos nuestros labios á la riquísima copa de sangre fresca y viva, aspiremos con ansia sin par las gracias del Espíritu Santo, y sea nuestra mayor congoja estar privados del celestial alimento. Lo que acaece en nuestros altares es lo mismo que pasó en el Cenáculo de Jerusalem: aparece el sacerdote, más Jesucristo es quien bendice y consagra. No se acerque, pues, ningún Judas, ningún avaro. Retírense los que no sean discípulos de Jesús; no se consienten á la mesa sino discípulos y amigos.

Los Apóstoles salieron después para ir al olivar: salgamos nosotros de la Cena para ir á los pobres, éstos son el verdadero olivar. Los pobres olivos plantados en la casa de Dios y que gotean el aceite que necesitamos. Las vírgenes necias se perdieron por no haberse provisto de aceite. Adquiramos ese aceite para ir con el cortejo del Esposo á la luz de nuestras lámparas. ¡No más haya corazón duro en

el que comulga, no más inhumanidad, no más alma mancillada por el pecado!

V.

LAS HERIDAS DE JESUCRISTO.

MEDITACION.

SE LE PREGUNTARÁ: ¿QUÉ SON ESAS HERIDAS?
Y ÉL RESPONDERÁ: SON LAS HERIDAS QUE
ME HAN HECHO EN LA CASA DE LOS QUE ME
AMABAN.

Estas heridas son las que más dolor le causan á Jesucristo, las que vienen de mano que fué amiga. Está hecho, puede decirse, á los malos tratamientos de sus enemigos y aparejado á las flajelaciones. Cuando el tropel de frenéticos que van á prenderle llega y pregunta por él, pronto está á responder: "*Yo soy.*" Pero cuando Pedro le niega, Judas contrata ó consume su venta y los Apóstoles se entregan á la pesadez del sueño mientras él agoniza, ó en presencia de los oprobios y pasión se ponen en vergonzosa fuga,

ma, le maniataron, le aporrecaron y